

## Foro Interno. Anuario de Teoría Política

ISSN: 1578-4576

<https://dx.doi.org/10.5209/foin.71849> EDICIONES  
COMPLUTENSE

Enric Novella, *El discurso psicopatológico de la modernidad. Ensayos de historia de la psiquiatría*, Catarata, Madrid, 2018. 157 páginas. ISBN 9788490975114.

Estamos aquí con un libro de historia, así lo presenta su autor, en concreto de historia de la psiquiatría, para evaluar en una revista de teoría política. Una de las características de la ciencia política en España es su incapacidad para generar una versión de nuestra época, con nuevas visiones y aportaciones genuinas, y otra su recurso a suplantarse la ciencia de lo público con la historia. Pero lo relevante en este caso es que ese talante y los distintos pasos adelante de los científicos sociales han acabado por afianzar una ciencia de lo público que utiliza la historia, sus intereses, sus métodos y su identidad para reemplazar a la ciencia política.

Según nos cuenta nuestro libro, esta entrega de la psiquiatría al torrente de los conocimientos históricos ha llevado el saber de lo público a contar con la necesidad de “una subjetividad obligada a construirse, narrarse y confrontarse” (p. 33) tanto en los conocimientos del individuo, incluso su biografía, como en los estudios de acciones grupales o de la sociedad. Lo cual significa en cualquier caso depender siempre del relato posterior.

Enric Novella, digámoslo por adelantado, ha publicado un libro muy valioso y comedido. Recorre la psiquiatría a través de occidente y reflexiona sobre su evolución, la evolución de este saber, así como sobre sus interacciones con la marcha de la cultura y del bienestar de los países. Esto no es pequeña tarea.

Estudiar lo público es una aspiración de los sabios de los países desde tiempos ancestrales. En el medio de este interés, está la locura. El interés por el loco, el enfermo mental, llevará a los alienistas al estudio del gobierno de nuestra vida psíquica a través de estrategias cazadoras para “atrapar” los esquivos síntomas de la enfermedad mental (p. 13). Algunos expertos recurrirán a exigir a sus pacientes que hablen y confiesen “el extravagante repertorio de sus delirios” (p. 13), otros decidirán sondear, reconstruir la experiencia de la locura mediante la introspección, el consumo de sustancias como el hachís o el análisis de los escritos de los alienados. Se trata de observar; lo que viene a ser muchas veces vigilar, recopilar y clasificar. Se lleva esto a cabo con esfuerzos incansables de control para sujetar la gobernanza, usando muchas veces el “talento y la sagacidad” de los médicos para descubrir —obsérvese como nunca faltará el tono denunciante— lo oculto. La indagación de la mirada inquisidora penetra también en “el mundo interno del paciente” (p. 12). El caso es que siempre anda por ahí “el ojo del historiador de la naturaleza” (p. 37). Para apropiarse de lo que “solo la mirada experta del alienista podía captar” (p. 61).

De una manera muy pedagógica, la obra se presenta dividida en dos partes. La primera se centra en los términos locura, ciencia y modernidad. De hecho, el autor los considera unidos en su gestión histórica. La evolución de la modernidad va haciendo factible el surgimiento de la locura humana en sus términos médicos. Novella considera que el mundo actual ha llegado a medicalizar la sociedad gracias a estudios intrépidos y tenaces de las dolencias psíquicas.

### La base del cartesianismo

El libro se inclina por un entendimiento de la ciencia desde una versión cartesiana. Novella resulta admirable por la manera tan generosa y veraz de exponer sus conocimientos. Y lo hace, aunque su menosprecio por la música no se merezca nuestra metáfora musical, con orden y concierto. Es un autor muy valiente, teniendo en cuenta la tradición en la que escribe. Desde luego, presenta quizá algo muy español al mostrarse tan huérfano de tradición científica propia. Salvo dos o tres afortunadas menciones a genios españoles —José Ortega y Gasset (1883-1955), Miguel de Cervantes (1547-1616), Pedro Laín Entralgo (1908-2001)— y de colegas conspicuos como Roger Bartra, Antonio Colodrón o Rafael Argullol entre otros, Novella se suma con convicción a la ciencia francesa y alemana. Igualmente a la británica, a fin de cuentas “son también anglosajones”, que dirían los líderes nacionalistas alemanes. Su formación como historiador de la cultura está en esas cuencas. Pero lo está para bien y para mal; ya que, al igual que disfruta del valor de esas tradiciones, se echa también a la mochila grandes errores y algunas carencias esenciales de las mismas. Aturde ver esto en el caso de un científico español válido, un autor valiente y con intuiciones poderosas, cuando, limitado por esas desorientaciones, intenta opinar de algunos dictámenes europeos. Un pensador que, sin embargo, nos ilusiona por su sabiduría y vocación científica.

Desde luego, no es algo que podamos atribuir onerosamente a este autor, porque sus fallos son los de la tradición mediterránea que él, *malgré lui*, representa.

Novella elige toda una nómina de pensadores y descubridores que ancla en torno a dos pivotes. Son los ídolos de su pensamiento: (i) Charles Taylor, un filósofo de Montreal, especialista maestro en la gran figura de G. W. F. Hegel

(1770-1831), y (ii) Michel Foucault (1926-1984), personaje celebrado por su originalidad y valentía al intentar comprender nuestro mundo moderno; sobre todo, nuestra subjetividad. Las lenguas en las que bebe a través de ellos y sus otros autores serán el inglés, el francés y el alemán. Aparte de pensar y escribir su libro en español.

Partiendo de nuestra admiración por el libro de Novella y nuestra esperanza en su futuro, aclaremos que se trata de una voz que surge rodeada también de carencias que resultan ser incómodas irregularidades. Intentaremos exponerlas sin que eso sirva de demérito para su autor.

Por ejemplo, creemos que sus dos ídolos prefiguran su camino intelectual y lo desvían estrechándolo. Taylor es un reconocido hegeliano y su aportación se considera clásica para la gran avenida de la dialéctica y la cumbre de la filosofía moderna. Pero también es un atrevido validador del *self*. En medio de ese mundo de la gran dialéctica y de la ideologización del pensamiento, Taylor vuela hacia la aceptación del imperio cultural del yo y de la gobernanza entregada a los poderes ejecutivos del individuo (la voluntad y la memoria). Así mismo se atreve a hacer un recorrido espeleológico por las propias fuentes del *self* (*the sources of the self*). Taylor siempre fue un importante autor que, aun fiel al cartesianismo más o menos confeso de sus trabajos y esfuerzos teóricos, se atreve a varear la estructura del pensamiento dialéctico que asienta su fortaleza imperial en la sustitución del individuo moderno por su yo ejecutivo. Apoteosis del poder ejecutivo y, en su trasfondo, la identificación de la inteligencia con el poder.

Esto nos conduce a la primera objeción que vemos a este buen libro que aquí celebramos. Porque Novella no parece tener una tradición filosófica y política en la que cobijarse para respirar. La exposición de sus ideas y conclusiones le cualifica como un acólito, leal y digno, de la ideologización del yo y de la militarización del pensamiento, lejos de cualquier corriente o aportación mediterránea.

Su acercamiento a René Descartes (1596-1650) tiene el mismo cariz. Considera al francés un auténtico héroe de la epopeya moderna, capaz de remover el pensamiento occidental y de instaurar una nueva forma de pensar.

Novella, como sus maestros, se alinea con estos pensadores y, de paso, asume su falta de musicalidad. En escasísimas ocasiones deja salir algún término que exija algo más que la vista para poder progresar en el saber. Ese es el noble ejemplo de la armonía. La nómina de autores que él entresaca de esta saga violenta de pensadores y estudiosos se alimenta arterialmente de “un sofisticado programa de gestión de la diferencia por medio de complejos dispositivos de saber/poder” (p. 39). Incluso llega a aceptar —no parece que lo pueda hacer suyo— el tono de desafío de alguna de esas brillantes e ilustres figuras dialécticas como Voltaire (1694-1778) (p. 29).

Un punto interesante en esta obra es su crítica, aunque no explícita, de la carga de omnipotencia en la vida de los individuos y las sociedades. Pero se inhibe ante la gravedad de la predominancia absoluta de la vista sobre el oído, lo que esconde en el fondo un abandono o minusvaloración del oído que podemos encontrar en su origen aristotélico. Novella no recurre a tal profundidad, y de hecho pasa por alto defectos esenciales en el desarrollo de la cultura occidental que para él queda centrada solamente en las idas y venidas del pensamiento calvinista. El hundimiento del teatro como instrumento indagador, expulsado de la universidad de París por Petrus Ramus (Pierre de la Ramée) (1515-1572), y el abandono de la retórica son acontecimientos muy importantes. Pues bien, aunque sean en buena medida esenciales en la evolución y construcción de la cultura europea, para Novella quedan fuera sin siquiera mención en su exposición.

Aunque no sea la primera vez que esto se da, este libro aquí reseñado soslaya aspectos decisivos para la elaboración de la ciencia y el pensamiento. Hoy resulta muy discutible, casi inaceptable, estudiar el surgimiento de fenómenos europeos como el romanticismo, la psiquiatría o la depresión, sin conocer todo el desgarramiento negativo y el rechazo poco consciente de tradiciones como la de Moisés Maimónides (Rambam) (1138-1204) y la tradición filosófica judía. En esta última, la escisión entre dialéctica y retórica no se consuma de una manera tan irresponsable, anulando las capacidades del saber —un saber que no identifica conocimiento con poder— para atender las tres hendiduras de la experiencia: el cuerpo, el tiempo y el otro (p. 19).

El desarrollo de ese “homo clausus” que mencionaba Norbert Elias (1897-1990), de esa actitud científica centrada en la vista, “la clínica de la mirada”, la propia intención de una ciencia de la vista y sus incesantes endoscopías, nos hacen recordar que el predominio del ojo sobre el oído siempre se topa con dos limitaciones: (i) la necesidad de que haya luz para poder ver y (ii) la impotencia frente a la opacidad. En realidad, esto que se atribuye al aristotelismo no es justo. Aunque el griego sea un rotundo afianzador del predominio de la vista como órgano primordial en la percepción humana, hay que recordar que él, como ciudadano ateniense, sabía muy bien porque lo vivía a diario “que dialéctica y retórica” eran antistrofas o, como algún traductor escribe, “hermanas gemelas”. De hecho, separarlas, escindir las, es algo así como partir el coro griego en dos trozos morbosamente enfrentados.

Aunque Novella no lo mencione, sí parece tener en cuenta este asunto tan central que deriva de que en su seno la cultura moderna esté obsesionada con la mirada (p. 19).

También parece captar cómo esto llega a su exasperación en algunas grandes gestas modernas. Es el caso del romanticismo al que, con gran sutileza, califica como “el gran movimiento del surgimiento del yo” (p. 21).

## Higiene del alma

El tocar todos estos temas nos lleva necesariamente a darnos de bruces con la teoría política. Una medicina moderna que se plantea muy osadamente la “higiene del alma” (p. 49), que es equiparada con la moral “ambas son ramas de

la misma ciencia” (p. 41) y, a fin de cuentas, a definir al individuo moderno como “un sujeto psicologizado, cerebra- lizado, medicalizado y escindido” (p. 45) se impregna de teoría política. Una disciplina que se abalanza si es preciso a “leer el pensamiento del enfermo” (p. 53); y que culmina su ambición apropiándose para sí como tema central de su trabajo “la problemática de la identidad personal” (p. 26).

Un buen acierto de la obra que comentamos es ahondar en el tema fundamental de la identidad. Novella aborda el asunto como una de las “Heridas del sujeto”, sin que verdaderamente nos aclare por qué todo ajuste de la identi- dad y de sus fallos ha de ser siempre causa de dolor mental. También tiene el buen acierto de abrir sus referencias precisamente a algunos judíos insignes de la cultura europea. Eso sí, pensadores asquenazíes como la eminente húngara Melanie Klein (1882-1960) o el propio Sigmund Freud (1856-1939), aunque este pensador quede un tanto en suspenso, como si se le abriese la puerta al gran maestro y creador, pero no se supiera bien qué hacer con él en el interior de la marcha psiquiátrica moderna. Sobrecoge la rigidez de este tipo de academia que ni siquiera nombra a genios como Jacob L. Moreno (1889-1974) o a los maestros del sefardismo. Lo mismo, y por deficiencias parecidas, sorprende la evitación de figuras como Giambattista Vico (1668-1744) o la ignorancia de obras fundamentales para el mundo mediterráneo y para toda Europa como es la *Eneida* de Virgilio (70 a. e. c. - 19 a. e. c.). La música en realidad ni aparece en todo el libro.

Con notable buen gusto, Novella se apoya en la obra de eminentes figuras judías como Erik H. Erickson (1902- 1994), más abierto a la compleja idea de la “jungla social de la sustancia humana” (p. 132). El interés médico- histórico de Novella carece de las raíces de la sabiduría mediterránea y deja a un lado la cultura sefardí que albergó la segunda edad de oro del judaísmo.

Así mismo, conceptos filosóficos como el *mutus* de Vico o la falta de sensibilidad hacia la letargia humana, arrastran el conocimiento de esa dinámica política hacia lo vigilante. Al concepto de “sociedad vigilante” en boga en nuestros días le ha de resultar imposible comprender estos puntos.

Partes también interesantes son las conexiones visibles entre las patologías mentales modernas con la evolución un tanto maligna de esa sociedad tan dialógica y soberbia. Sobrecargada siempre por sus filosofías y visiones de la política que ella implanta dictatorialmente en la ciencia actual de lo político del *modus hodiernus*.

En sentido paralelo, se hace también perceptible cómo la falta de cimientos hondos y de un enraizamiento filosó- fico propios impide al investigador penetrar en términos como “libre albedrío”, precedente del ideal pedagógico del “empresario de sí mismo” (p. 140) que se recomienda hoy a las jóvenes generaciones de universitarios. Lo mismo se puede asegurar de la visión de la ciudad como círculos concéntricos, frente a la idea judía de un conjunto de “patios y callejuelas”; y, como consecuencia, de la *confusión gravísima del juicio con el arbitraje*. Porque no son la misma cosa.

En suma, traemos aquí noticia de un buen libro, prudente y bien informado, escrito con delicadeza e inquietud científica que nos hace desear que este honesto pensador reciba el aplauso y respeto de sus colegas. Al menos ya lo tiene en este comentarista.

Javier Roiz  
Universidad Complutense de Madrid (España)  
jroizpar@ucm.es